

AUDREY CARLAN

CALENDAR
GIRL

ABRIL MAYO JUNIO

— 2 —

DISFRUTA
TU NUEVA
VIDA

 Planeta

AUDREY CARLAN

CALENDAR GIRL 2

Traducción de Lara Agnelli

Título original: *Calendar Girl. Volume Two*

© Waterhouse Press, LLC., 2015

© por la traducción, Lara Agnelli, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 137: *We Are the Champions*, © 1992 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen

Página 205: *No Woman, no Cry*, © 2014 Hit Tunes Music Licensing, interpretada por Bob Marley

Página 260: *All Night Long*, © 1983 Motown Records, Universal Music Spain S.L., a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Lionel Richie

Página 303: *Drop, Baby, Drop*, © 2011 Dan Pa Productions, interpretada por The Mana'o Company

Primera edición: julio de 2016

ISBN: 978-84-08-15742-7

Depósito legal: B. 11.473-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Calendar Girl. Abril</i>	11
<i>Calendar Girl. Mayo</i>	179
<i>Calendar Girl. Junio</i>	331

«Vaya, vaya... Hola, bomboncito», fue lo primero que salió de esa boca sexi como un demonio. Por desgracia, esas palabras —acompañadas por el repaso que me dio— hicieron que me subiera la temperatura, aunque no para bien. Mason Murphy estaba apoyado en una limusina. Llevaba gafas de aviador, tenía el pelo castaño cobrizo y una sonrisa canalla que probablemente derretía las bragas de todas las aficionadas al béisbol. Por suerte para mí, llevaba ya varios meses acostumbrada a estar con tíos buenos, así que no me afectó mucho.

Le tendí la mano. Él frunció los labios, se colocó las gafas en la cabeza y me obsequió con una mirada de sus alucinantes ojos verdes. Tenían el color de las esmeraldas y eran igual de bonitos que las piedras preciosas.

—¿Cómo? ¿No me vas a dar un beso?

Yo fruncí el ceño, me crucé de brazos y eché la cadera a un lado.

—¿En serio? ¿Me va a venir con ésas?

Él se echó hacia atrás, se quitó las gafas de la cabeza y se metió una patilla en la boca. Tras volver a examinarme de arriba abajo, soltó:

—Peleona, ¿eh? Me gustan las mujeres que suponen un reto.

Abrí y cerré los ojos varias veces para asegurarme de que no seguía durmiendo por culpa del Benadryl que me había tomado antes de subir al avión. Volar siempre me ponía nerviosa. Pero nada comparado con lo que estaba sintiendo en esos momentos. Ese hombre me atacaba los nervios.

—Es una buena pieza, ya veo.

Él abrió mucho los ojos y una amplia sonrisa iluminó su rostro, de rasgos exageradamente bien esculpidos. Tenía los pómulos altos y un hoyuelo en la barbilla. Y me estaba observando con un brillo en la mirada que no presagiaba nada bueno.

Se acercó a mí, me rodeó el cuello con un brazo y me dio un beso en la sien. Me costó un gran esfuerzo de contención no volverme hacia él y plantarle uno en toda la cara. Un puñetazo, quiero decir.

—Va a apartar ese brazo de ahí ahora mismo y va a guardar las distancias. ¿Es que no tiene educación?

Mason se acercó un poco más y se inclinó para susurrarme al oído:

—Sé lo que eres, y me parece perfecto. Más que perfecto. Nos lo vamos a pasar muy bien juntos.

Le di un empujón en el pecho para quitármelo de encima.

—Mire, señor Murphy...

—¿Señor Murphy? —repitió él en tono burlón—. Ajá, ¿por qué no? Me gusta este rollito...

Inspiré hondo por la nariz mientras apretaba los dientes con cuidado de no morderme la lengua. Ese tipo me irritaba tanto que probablemente me la habría partido en dos.

—Lo que estaba tratando de decir, antes de que me interrumpiera, es que tiene una idea equivocada de mí. Trabajo como escort, es decir, como acompañante. Y, como el mismo nombre indica, lo acompañaré a sitios. Le proporcionaré una compañía agradable.

Él se acercó aún más, me agarró por la cadera y la pegó a la suya.

—Perfecto. Me muero de ganas de hacer cosas agradables contigo —dijo frotando su pelvis contra la mía y mostrándome que algo estaba volviendo a la vida.

Suspirando, lo dejé por imposible. Le di otro empujón y le solté:

—Encárguese de mis maletas.

Él llamó al chófer de un silbido. Sí, he dicho de un silbido. Como si fuera un perro. No me habría extrañado nada oírlo decir: «Ven, chico; aquí, chico; buen chófer».

Hice una mueca de disgusto y me aparté de sus zarpas.

—No te preocupes, nena. Enseguida aprenderás las reglas del juego —dijo simulando batear una pelota.

Abrí la puerta de la limusina y me senté, poniendo los ojos en blanco. Él me siguió al interior del espacioso vehículo y juntó las manos, dando una palmada.

—¿Quieres beber algo?

Creo que lo miré como si acabaran de salirle cuernos en la cabeza.

—Es aún muy temprano.

Él se encogió de hombros.

—En alguna parte del mundo ya es mediodía —repliqué, guiñándome el ojo con descaro antes de sacar una botella de champán de la nevera. Sacó la lengua y se humedeció los carnosos labios.

El rincón entre mis muslos se dio por aludido y empezó a cosquillearme de un modo muy placentero. Me crucé de piernas y sacudí la cabeza. Ese hombre era un capullo, pero un capullo muy guapo. Mason Murphy era alto, pasaba del metro ochenta, y tenía un cuerpo que alegraría cualquier portada de revista. De hecho, había aparecido en varias de ellas. Sus bíceps se contraían de un modo delicioso cada vez que se movía, y los cuádriceps hicieron lo mismo cuando se colocó la botella entre las piernas para descorcharla, cosa que hizo sin que saliera espuma disparada. Un punto a su favor.

—Y ahora, bomboncito, vamos a dejar un par de cosas claras.

Abrí tanto los ojos que mis cejas casi tocaron el nacimiento del pelo. Él me dio una copa de champán. Aunque sólo eran las diez de la mañana, la acepté pensando que me vendría bien para controlar lo mucho que me irritaba ese tipo.

—Has venido aquí para hacerte pasar por mi novia, y eso quiere decir que, para que los fans, los posibles patrocinadores y los medios de comunicación en general se lo traguen, vamos a tener que mostrarnos muy cariñosos en público desde ya. Y, visto lo visto —volvió a humedecerse los labios mientras me repasaba con la mirada desde la punta de las botas, pasando por los vaqueros y hasta llegar a mi escote. ¡Cerdo!—, voy a disfrutar de cada segundo que pasemos juntos.

Ese tipo no iba a ponerme las cosas fáciles. Era un engreído, sexi como el mismo diablo, un maleducado, sexi como el mismo diablo, y un inmaduro. ¿Me dejo algo? Ah, sí: sexi como el mismo diablo.

Se echó hacia atrás, dejando su cuerpo en exposición para mi disfrute. Sonrió con ironía y se bebió su copa de un trago. No iba a permitir que ese idiota pensara que era superior a mí, así que me acerqué mi copa a los labios y la vacié de un trago. Él alzó las cejas y los ojos le brillaron de admiración.

—Ya veo que eres de las mías —comentó llevándose la mano al pecho, como si estuviera emocionado.

Me incliné para coger la botella, rellené mi copa y, con un gesto de la cabeza, le indiqué que me diera la suya. Cuando lo hizo, se la llené también.

—De acuerdo —dije entonces—, ya veo que hemos de poner un par de cosas en firme.

Él hizo una mueca, como si estuviera a punto de hacer un chiste, pero lo impedí fulminándolo con la mirada. A continuación, se dejó caer de nuevo sobre el respaldo y alzó la barbilla.

Sonreí, sabiendo que acababa de ganar el primer *round*.

—Es verdad que me has contratado para que me haga pasar por tu novia este mes, pero no soy tu fulana. —Lo tuteé, viendo que era inútil tratar de marcar distancias con él. Mason frunció el ceño—. Acostarse con los clientes es opcional para mí. El sexo no está incluido en el contrato, así que deberías haberte leído la letra pequeña, colega, porque estás a punto de descubrir lo que es un mes de celibato.

Él abrió la boca y se quedó en *shock* unos instantes antes de dirigirme una sonrisa irónica.

—¿Te estás quedando conmigo?

Negué con la cabeza.

—Me temo que no. Así que más te vale hacerte amigo

de esa mano que tienes ahí, porque la vas a tener que usar a menudo este mes. Si la prensa te descubre por ahí montándotelo con cualquier fresca que te haga caso, se enterarán de que esto —lo señalé con el dedo antes de señalarme a mí— es un paripé. Y ni las molestias que te has tomado ni los cien mil dólares que has pagado habrán servido de nada. —Mason se pasó una mano por el pelo—. Te recuerdo que mi tarifa no es reembolsable. Y ¿qué crees que pensarían tus posibles patrocinadores del hecho de que tu nueva novia no te dure ni un día?

Apoyé la espalda en el asiento, me crucé de piernas y di un trago al champán, dejando que las amargas burbujas bailaran sobre mi lengua, estimulándome los sentidos.

Él me dirigió una mirada que no supe descifrar.

—Entonces ¿qué sugieres que hagamos, bomboncito? —me preguntó mientras me repasaba las piernas y el escote una vez más antes de volver a mirarme a los ojos. Sus palabras eran agradables, pero no sonaban sinceras en absoluto.

—Para empezar, deja de llamarme *bomboncito*...

—Y ¿por qué no puedo tener un nombre cariñoso para mi chica? —me interrumpió.

Yo fruncí los labios mientras buscaba una buena manera de decírselo para que me entendiera.

—Puedes tener un nombre cariñoso para tu chica, pero búscate uno que no suene tan baboso.

Mason echó la cabeza atrás y rio a carcajadas. El sonido resonó por todo el coche, aligerando el ambiente. Si reía a menudo, tal vez el mes no se me haría tan duro. Volvió a pasarse la lengua por el labio inferior, y esa zona entre mis muslos que aún no había olvidado lo agradable que es que un hombre la acaricie con sus morritos se estremeció.

«¡Quieta, chica!», le ordené a mi libido. Desde mi festival de polvos con Wes dos semanas antes, había estado salida como el pico de una mesa, y sin esperanzas de que nadie se ocupara de mis necesidades. La actitud chulesca de mi cliente actual había hecho que lo tachara de la lista de mis posibles «clientes follables», así que mucho me temía que iba a tener que compartir celibato con él. ¡Menuda diversión!

—Mira, creo que lo mejor será que nos conozcamos un poco —le propuse—. Háblame de ti.

Mason se apoyó una mano en la rodilla de los vaqueros y miró por la ventana.

—No hay mucho que contar. Mi familia es de origen irlandés. Mi padre es basurero y sigue trabajando, aunque le he dicho mil veces que no necesita hacerlo. Pero no le da la gana; es demasiado orgulloso.

—Parece un buen tipo. —A diferencia de mi padre. Bueno, en realidad eso no es exactamente así. Mi padre lo intentó, pero las circunstancias pudieron con él. Después del mazazo que le supuso el abandono de mi madre, perdió el norte. La verdad es que no sé cómo se puede superar perder al amor de tu vida.

Mason sonrió, mostrando sus dientes blancos y casi del todo rectos. Uno de ellos estaba un poco torcido. Muy poco, lo justo para dar carácter a su sonrisa.

—Mi padre es el mejor; sigue siendo un tipo duro. Aunque trabaja demasiado. Siempre lo ha hecho, para sacarnos adelante a mis hermanos y a mí.

—¿Cuántos hermanos tienes? —le pregunté, genuinamente interesada.

Mason levantó tres dedos mientras daba un sorbo al champán.

—Mis hermanos están todos pirados, pero los quiero —dijo con más acento bostoniano que nunca, lo que indicaba que se había relajado.

¡Qué sexis son los acentos, joder! Me iba a costar mucho dejar las manos quietas si Mason resultaba ser un tío majo.

Me miró entornando los ojos, que se oscurecieron.

—Ya verás cuando se enteren de que me he ligado a un chochete como tú.

«Y el gilipollas apollardado vuelve a la vida, señores...» Respiré hondo y sacudí la cabeza soltando el aire lentamente.

—Tres hermanos, vale. ¿Son mayores que tú o más pequeños?

—Todos son más pequeños que yo. Brayden tiene veintiuno; Connor, diecinueve, y el menor, Shaun, diecisiete. Aún no ha acabado el instituto.

Me incliné hacia adelante y dejé la copa vacía en el soporte.

—Vaya, cuatro chicos.

Mason asintió.

—Sí. Brayden estudia Formación Profesional y trabaja de camarero. Dejó embarazada a una chica durante su último año de instituto. —Hice una mueca—. La muy zorra le endilgó a la criatura y se largó. —Me quedé boquiabierta. ¿Cómo podía alguien abandonar a un bebé que era carne de su carne? Bueno, vale. Mi madre también lo hizo pero, igualmente, cada vez que oigo que alguien abandona a un niño me hierve la sangre—. Así que Bray sigue viviendo en casa de mi padre con su hija Eleanor.

—Eleanor —repetí—, es un nombre bastante anticuado, ¿no?

Él sonrió y miró por la ventanilla con expresión melancólica.

—Sí, se lo puso por mi madre.

—¿Tus padres están separados?

Él negó con la cabeza.

—No. Mamá murió hace diez años. El cáncer de mama se la llevó demasiado pronto. En casa sólo ha habido hombres durante mucho tiempo. Hasta que llegó Eleanor.

Me eché hacia adelante y le apoyé la mano en la rodilla.

—Lo siento, no debería haber preguntado.

Él sacudió la mano, quitándole importancia.

—Ha pasado mucho tiempo. No importa. Luego está Connor, que va a la Universidad de Boston, y Shaun, que se pasa el día con la mano metida en chochos adolescentes.

Fruncí el ceño y solté un gruñido.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Decidí obviar el detalle de que pronunciar esas palabras en compañía femenina era una muestra de inmadurez. Era una batalla perdida—. Bueno, cuéntame. ¿Qué patrocinadores esperas conseguir?

Cuando llegamos a su apartamento, como él lo llamaba, me sorprendió la esquelética y preciosa rubia que salió a recibirnos. Yo no soy una mujer menuda; soy una mujer normal, de veintitantos años. La chica que nos recibió, en cambio, era delgada como una modelo de pasarela pero, en vez de ir vestida con ropa de diseñador, parecía la Barbie ejecutiva. Era alta, llevaba el pelo rubio recogido en un moño, tenía los ojos azules, los morritos pintados de rosa y un traje que le sentaba como un guante. Era la viva imagen

del dinero y la profesionalidad, aunque ninguna de esas dos cosas justificaban el modo en que miraba a Mason.

—Hola, señor Murphy... —La rubia levantó un dedo cuando él entró en la vivienda, pero hizo un mohín al ver que pasaba de largo sin hacerle el menor caso.

Yo me detuve en el escalón, junto a la mujer. Cuando dejó de observar el culo de Mason mientras éste buscaba algo en el recibidor, se volvió hacia mí. Le sonreí.

—Eh, maleducado. La rubita guapa del traje trataba de llamar tu atención —le dije a Mason sin apartar la vista de ella—. Y te has olvidado de mis maletas. —Sacudí la cabeza mientras decía «gilipollas» entre dientes.

Ella se inclinó hacia mí.

—¿Disculpe?

—Nada, nada. —Le ofrecí la mano—. Soy Mia Saunders, la novia de Mason.

La rubia respiró hondo, como armándose de valor para enfrentarse a algo.

—Sé quién es, Mia. Soy Rachel Denton, la representante de su agencia de relaciones públicas. Fue mi empresa la que sugirió que la contratara. Voy a ayudarlos a engañar al público. Normalmente sería su publicista quien trabajara con él, pero me ofrecí voluntaria. —Se mordió el labio y apartó la mirada.

—Vale, pues en ese caso, uniremos fuerzas para que todo salga bien, supongo. Menudo personaje, ¿eh? —Sonreí justo cuando Mason asomaba la cabeza por la puerta.

—¿Te has perdido, pibón? —Aunque lo dijo sonriendo, sus palabras me molestaron. Puse los ojos en blanco, agarré a Rachel por el hombro y la atraje hacia mí.

Mason pareció darse cuenta de su presencia justo en ese

momento. Y cuando digo «darse cuenta», me refiero a que la examinó de arriba abajo... dos veces.

—Rachel, ¿qué haces aquí? Pensaba que Val se encargaría del tema.

Ella negó con la cabeza y se ruborizó. Interesante.

—No. Val está muy ocupada persiguiendo a los patrocinadores y programando las entrevistas, así que me ofrecí voluntaria —repitió Rachel, atusándose la ropa mientras él seguía follándosela con la mirada.

—Pues no creo que eche de menos a Val —replicó Mason con un tono de voz que, curiosamente, no sonó condescendiente ni baboso. Interesante también.

Rachel se echó a reír como una niña pequeña. Sí, no se me ocurre otra manera mejor de describir su risa. La expresión de Mason se suavizó al mirar a la rubia a la cara. Luego abrió la puerta y la sostuvo para que entráramos las dos.

—Eh, no te escaquees. ¿Y las maletas? —le recordé, señalando el coche con la cabeza.

—Oh, sí. —Mason se detuvo, miró a Rachel, retrocedió, chocó contra la puerta y sonrió—. Voy a..., eh..., buscar las maletas.

Observé con interés cómo el capullo arrogante y mujeriego se comportaba como un pagafantas en presencia de su relaciones públicas, a la que tampoco se le daba nada bien disimular su propio interés. Rachel tenía las mejillas coloradas como manzanas y no dejaba de mordisquearse el labio inferior.

Señalando con el pulgar por encima del hombro, le pregunté:

—¿Te mola?

Ella asintió en silencio, pero al darse cuenta de lo que acababa de confesar, abrió mucho los ojos y rectificó:

—¡No! ¿Qué dice? Se ha hecho una idea equivocada. Mi interés en el señor Murphy es meramente profesional —afirmó, sellando su diatriba verbal con un cruce de brazos y un mohín.

Traté de controlar la risa, pero se me escapó un ronquido.

—Lo que tú digas —repliqué entrando en la casa. Ya profundizaría en ese tema más adelante, por pura curiosidad. Puesto que no iba a mojar con ese cliente, al menos me merecía divertirme un poco por otro lado.

Mason soltó las maletas en el recibidor y nos acompañó al salón. La estancia era un gran rectángulo, muy similar a todos los salones de las típicas casas de ladrillo de Boston. La vivienda tenía más de una planta y probablemente también un sótano. Esperaba ansiosa que nos la enseñara.

En el centro del salón había un gran sofá de cuero negro con muchos módulos. Justo enfrente había una gran pantalla de televisión colgada en la pared de al menos sesenta pulgadas. Había objetos relacionados con el béisbol por todas partes, como camisetas enmarcadas o una hilera de pelotas firmadas sobre la chimenea. Todas estaban protegidas en cajas de vidrio o de plástico, lo que demostraba que Mason Murphy cuidaba de las cosas que le importaban. Tal vez, en el fondo, no fuera tan superficial como aparentaba. Ya que tenía que pasar un mes fingiendo ser su novia, esperaba que así fuera.

—¿Y bien?, ¿qué te trae por aquí, Rach? —le preguntó Mason, mirándola de frente. Además, acababa de llamarla por un diminutivo. Cuando la gente usa un diminutivo,

suele significar familiaridad o un pequeño grado de intimidad.

Ella se cruzó de piernas en el sofá, lo que hizo que la falda se le desplazara muslo arriba. Mason no se perdió ni un detalle, con los ojos clavados en la tela de la falda. A mí se me volvió a escapar la risa, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta. Creo que se habían olvidado de que estaba en la habitación.

—Sólo quería asegurarme de que quedaban claras las instrucciones para mañana. Será su primera aparición en público en calidad de..., eh... —Se aclaró la garganta y se acomodó un mechón rubio tras la oreja. El pelo se negó a quedarse allí y volvió a deslizarse hacia adelante, acariciándole la mejilla. Una vez más, los ojos de Mason no se perdieron detalle, clavados en el mechón rebelde como si quisiera tocarlo y ser él quien se lo retirara de la cara, aprovechando el momento para acariciarle la piel. Se agarró con fuerza los muslos antes de que ella completara la frase—: Pareja. Tienen que resultar convincentes. Es decir, deben darse la mano, tocarse de vez en cuando, sonreír... —volvió a aclararse la garganta e hizo una mueca, como si le costara acabar la frase—, besarse, ese tipo de cosas. ¿Tiene algún problema al respecto, señorita Saunders?

Yo la miré con los ojos muy abiertos.

—Tutéame, por favor. Y dime, ¿a ti te supondría algún problema? —le pregunté con franqueza. Me costaba entender la dinámica de ese par. Sólo llevaba diez minutos con ellos y ya me había quedado claro que se deseaban. ¿Por qué demonios no estaban juntos?

Rachel echó la cabeza hacia atrás, como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Perdón? —Se llevó las manos al pecho y contuvo el aliento unos instantes—. ¿Por qué iba a suponerme un problema?

—¿En serio? —Sacudí la cabeza.

—Lo que Mia probablemente quiere saber es si mostrar afecto en público supondrá algún problema para los patrocinadores.

No, no era eso lo que Mia quería saber. ¿En qué planeta había aterrizado al bajar del avión? ¿Ese par eran de verdad? Suspiré y decidí que lo mejor sería seguirles la corriente hasta enterarme de qué iba la cosa.

—Sí, era eso —repuse.

A Rachel le tembló el labio y sus hombros se aflojaron. Fue como observar una campanilla cerrándose al llegar la noche, relajándose lentamente, recogiendo los pétalos para descansar hasta que la llegada del nuevo día volviera a despertarla. O, en este caso, la llegada de una escort cotilla y sin filtro procedente de Las Vegas.

—El equipo ha pasado muchas horas planificando esta campaña —explicó—. Sabemos que es una táctica poco convencional, pero necesitamos que el señor Murphy ofrezca una imagen que el público pueda admirar. La gente necesita ídolos. Entre otras cosas, deberá evitar las peleas en los bares; no podrá beber demasiado y, desde luego, el tabaco está prohibido. La agencia cree que la imagen que ha ofrecido durante el último año, presentándose en público con una mujer distinta en cada acto, no ha ayudado. Pensamos que debe cambiar esa imagen, y tú eres el primer paso en esa dirección.

Me volví hacia Mason. Había apoyado los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Era la pose de un hombre

fracasado. Me senté a su lado, llevé una mano a su espalda y se la froté arriba y abajo para consolarlo.

Él me miró.

—La he cagado pero bien.

—Todos la cagamos alguna vez —lo tranquilicé—. Al menos, has contratado a Rachel y tienes un equipo de publicistas que creen que vale la pena apostar por ti y trabajar para cambiar tu imagen. —Seguí acariciándole la fuerte espalda hasta que levantó la cabeza.

Luego enderezó los hombros y miró a Rachel.

—¿Así que quieres demostraciones públicas de afecto? Ella asintió.

—Las tendrás. —Mason se volvió hacia mí con expresión decidida y una mirada que podría haber fundido el hielo—. Vamos allá. —Me agarró la cabeza con ambas manos y me besó.

Yo ahogué una exclamación y, al abrir la boca, él se lo tomó como una invitación. Al principio no lo era, pero cuando noté el sabor del champán en su lengua, se me despertaron sensaciones que tenía muy olvidadas. Tenía la impresión de que llevaba siglos sin que nadie me besara, aunque en realidad sólo hacía dos semanas. Si unimos eso al delicioso aroma de su colonia, se entiende que no pudiera resistirme. Me perdí en el beso y dejé que su lengua se colara en mi boca, exigente pero juguetona. Yo entré en el juego, echándome hacia adelante, agarrándolo por la pechera de la camisa y ladeando la cabeza porque quería más. Más hombre, más beso. «Mierda, esto no formaba parte del plan.»

Cuando al fin rompimos el beso, los dos estábamos jadeando.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Mason, volviéndose hacia el lugar donde estaba sentada Rachel, pero la publicista había desaparecido. Oí sus tacones alejándose por el pasillo—. ¿Rachel?

—Nos vemos mañana; ¡buen trabajo! —respondió ella desde la entrada dos segundos antes de cerrar de un portazo.

Mason se echó hacia atrás en el sofá.

—Que me jodan.

Negué con la cabeza y me recliné en el sofá a su lado.

—No seré yo quien lo haga.

Él se echó a reír.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunté.

—Eres una escort despampanante. ¿Qué tiene de raro que me apetezca darte un beso?

Aunque sus ojos brillaban de lujuria, no me dejé engañar. Había sido un beso mecánico. Sí, ese hombre era guapísimo, y no iba a negar que besarlo había puesto en marcha mi fábrica de fluidos, pero la atracción y el interés sincero eran dos cosas totalmente distintas.

—Te gusta Rachel —comenté, buscando su complicidad.

Él frunció los labios y cerró los ojos.

—Claro que me gusta. Es muy maja, y pago un buen dinero a su agencia, así que todos estamos contentos. ¿Por qué no iba a gustarme?

—No te hagas el tonto. Sabes de qué hablo.

—Mira, no sé tú, pero yo tengo hambre y tú tienes que instalarte. Hay un montón de cosas en bolsas que han comprado Val y Rachel. No he guardado nada; lo he dejado todo encima de la cama.

»¿Pizza te va bien?

Se levantó rápidamente y se dirigió a la puerta, pero luego lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos.

—Gracias por haber aceptado el trabajo —me dijo ofreciéndome la mano y ayudándome a levantarme—. Tu habitación es la primera a la derecha, a menos que prefieras compartir la mía —añadió meneando las cejas y moviendo las caderas adelante y atrás.

Yo solté el aire con fuerza y negué con la cabeza. Cuando me dirigí hacia la puerta, me dio una palmada en el culo.

—Menudo culito tienes, Mía.

Me detuve en seco, me apoyé una mano en la cadera y lo fulminé con la mirada.

—Si no quieres que te corte la mano, más te vale mantenerla lejos de mi trasero.

Él retrocedió con los brazos en alto.

—Vale, vale, sólo estaba ensayando un poco para mañana. No ha sido falta.

—Guárdate tus excusas para el árbitro. Las necesitarás —dije dirigiéndome a la escalera con paso firme, convencida de que había dicho la última palabra.

Sin embargo, mientras subía la escalera me llegó su voz:

—Cielo, ¿no sabes que siempre juego para ganar?

«Oh, oh...»